

HA MUERTO EL PONTÍFICE...

“Ha muerto el pontífice del Parnaso, el Vicario de Húgo; las campanas de la Basílica lírica están tocando vacante. Descansa ya, pálida y sin la sangre de la vida, aquella majestuosa cabeza de sumo sacerdote, aquella testa coronada —coronada de los más verdes laureles—, llena de augusta hermosura antigua y cuyos rasgos exigen el relieve de la medalla y la consagración olímpica del mármol.”

Así, con este párrafo de tan magníficas sonoridades, inicia el poeta muerto las deslumbrantes páginas que en su libro, *Los Raros*, consagra á Leconte de

Lisle. Y así quiero encabezar yo estas cuartillas que pongo sobre la tumba del ruiseñor, ido para siempre, como un ramo de rosas: frescas y puras rosas que sangran miel y hiel de amor y de dolor.

Rubén Darío ha muerto; bajo la tierra maternal de Nicaragua se pudren sus restos mortales y su espíritu superior, escapado por fin de la cárcel de arcilla, ha traspuesto la puerta de oro ante la cual flamean los ojos de llama del dragón inmortal: la Religión.

Rubén Darío ha muerto; estas cuatro palabras son sobre nuestro corazón como cuatro mazazos crueles. No es sólo un gran poeta, el más grande poeta de este siglo, lo que con él se ha ido de entre nosotros; ¡es mucho más! Los que tuvimos la suerte de estrechar una vez su mano, de oír su voz durante algunos minutos, no le olvidaremos nunca... Era un hombre bueno, una inteligencia luminosa y un corazón supremamente comprensivo.

—¿Con quién comentaré ahora mi *Lámpara maravillosa*?—gemía Valle Inclán, la noche en que la noticia de la muerte del poeta llegó á nuestro *rincón de Levante*.

Y aquella angustiada pregunta del gran D. Ramón era el más elocuente elogio del pobre Rubén. ¡Con nadie, con nadie, sino con aquél que nos abandonó para siempre—¡oh, Maestro!—hubieras podido hablar de tu libro como tu libro se merecía! Él hubiera sabido escucharte, él hubiera sabido caminar por la vereda de oro de tu palabra hacia la estrella de tu intención bendita. Él, como tú, comunicaba con lo sobrenatural; en su alma como en la tuya, el silbido de una ráfaga despertaba sonoridades de mito. En él, antes y mejor que en nadie, hubiera señalado su influencia tu libro removedor y renovador.

Porque la comprensión absoluta, esa admirable facultad de asimilarse en determinado momento, cualquier idea,

cualquier sentimiento, cualquier sensación, era quizá la más alta virtud de poeta que había en Rubén. Y por ella fué único y divino. Comprender es amar. Se ama todo lo que se comprende. Mira al mundo—¡oh, lector!—con ojos lavados y corazón limpio, y lo comprenderás todo, lo amarás todo, y serás feliz. Así lo fué Rubén. Por eso una invencible corriente de amor y simpatía nos arrastra hacia el lago de su arte donde bogan unánimes los cisnes del Bien y la Verdad.

En España nos resentimos un poco de incomprensión. Hay aquí una lamentable tendencia á menospreciar lo ajeno, lo extraño, lo difícil; mejor dicho, lo menos fácil. Esto sucedió al principio con los poemas de Rubén. El vulgo literario—el peor de los vulgos—no comprendiéndole, se negó á escucharle. Las “cabeñas calvas” de la crítica, de las que brotaban á diario los más disparatados elogios para la estruendosa ramplonería de los Ferrari, los Grilo y los Velarde,

tuvieron para el nuevo rapsoda, cuando no frases de franca repulsión, un silencio desdeñoso y asaz expresivo. Los poetas (¿?) festivos, esa especie de animales híbridos é invertebrados, voceros de las mayorías indoctas, se dedicaron al fácil y populachesco saltimbanquismo de la parodia. Se inventó una palabreja llena de impotencia y envidia, tanto como vacía de sentido: *modernismo*. El poeta se encontró aislado. José Enrique Rodó, cuando Rubén navegaba hacia España, presintió esto, y, presintiéndolo, escribía:

“Encontrará allí un gran silencio y un doloroso estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una elegía, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco, en la soledad donde aquella Madre de vencidos caballeros sobrelleva—menos como la *Hécuba* de Eurípides, que como la *Dolorosa* del Tiziano—la austera sombra de su dolor inmerecido.”

Pero en seguida añade, con no menor

videncia de lo que había de suceder, estas líneas, en las que resplandece el optimismo de la esperanza:

“Hable (Rubén) á la juventud, á aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamada pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...”

Y afortunadamente, acertó también en esto el gran crítico americano. La voz de Rubén encontró eco en los rincones de sombra donde los corazones nuevos velaban las armas de sus futuras hazañas. Villaespesa, el frondoso; Jiménez, el sugeridor; Manuel Machado, el guitarrero; su hermano Antonio, serio y

profundo como un nuevo Manrique; Carrere, el atormentado... Á todos ellos llegaron las armoniosas ondas de aquella voz divina que fué para la poesía española—nuevo Lázaro—como las palabras milagrosas de Cristo: "Levántate y anda."

Lento, pero seguro, Rubén se fué imponiendo. Uno á uno fueron enmudeciendo en su croar los sapos de la charca. Y fué, porque el poeta supo hacer norma de su vida y de su arte aquella estrofa suya:

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa.
Se triunfa del rencor y de la muerte
y hacia Belén la caravana pasa...

De la muerte habías triunfado ya en el momento de nacer—¡oh, Padre y maestro mágico!—, porque naciste con el diamante de la genialidad engarzado en el corazón. Vivo estás en los nuestros; vivo seguirás en los de nuestros hijos y nues-

tros nietos, y así hasta la consumación de los siglos.

Y ahora, para cerrar esta oración por tu alma y por tu gloria, un amén de oro: aquellas palabras con que describes la llegada del príncipe de los parnasianos franceses á la isla de su inmortalidad. Tú las escribiste para su mayor gloria. Sirvan ahora para la tuya.

"Finjome la llegada de su sombra á una de las islas gloriosas, Tempes, Amatantes celestes, en donde los orfeos tienen su premio. Recibirásle con palmas en las manos, coros de vírgenes cubiertas de albas, impalpables vestiduras; á lo lejos destacaráse la armonía del pórtico de un templo; bajo frescos laureles, se verán las blancas barbas de los antiguos amados de las musas: Homero, Sófocles, Anacreonte. En un bosque cercano, un grupo de centauros, Qrirón á la cabeza, se acerca para mirar al recién llegado. Brota del mar un himno. Pan aparece. Por el aire suave, bajo la cúpula

la azul del cielo, un águila pasa, en vuelo rápido, camino del país de las pagodas, de los lotos y de los elefantes..."

JUAN JOSÉ LLOVET.

EL POETA, CARTUJO

Siempre es y será tiempo para hablar del divino Rubén Darío. Sus versos retan y vencen al olvido. Su recuerdo es inmortal é inmarcesible. Llegamos á sus libros envueltos en su luz y cantando en nuestro corazón la sobrehumana armonía.

Porque no es de aquellos, enemigos de sí mismos, á quienes daña y enturbia una segunda lectura; poetas de la primera impresión á quienes no conviene releer para que no se disipe el pasajero perfume ó descubramos el maniquí sobre el cual las sedas y brocados nos mintieron un cuerpo de rey.

Rubén Darío es el Inagotable. Creéis que sus poemas os son harto conocidos por cómo están de fundidos en vuestra sensibilidad y por cómo os iluminan las ideas, y, sin embargo, cada vez que las evocáis imaginativamente ó acudís á ellas en los libros, tienen fulgores nuevos y nuevos senderos para la emoción.

Sus versos y su vida. Porque este poeta del bello nombre y del feo rostro, fué por el mundo, como por la literatura: acuciado de todas las curiosidades y sediento de todas las sensaciones. No fué jamás un espectador indiferente á los espectáculos dolorosos ó alegres, ensombrecidos de noche ó calenturientos de sol; ofrecía su corazón desnudo como el cuerpo de una cortesana que sintiera todos los pudores nupciales de la virgen á cada nuevo amante.

Así pudo ser rapsoda de las hazañas contemporáneas de la industria y de la ciencia; pagano panida, extasiado de campo, de femeninas voluptuosidades:

pulido y pervertido galán del dieciochocentismo francés, escéptico hijo de su siglo... y cartujo...

Nos lo recuerda esta curiosa fotografía, hasta ahora inédita, que me remite un joven y admirable poeta, Pedro Ferrer Gibert, el autor de *Visiones de Mallorca* y *Tardes del jardín*.

Como Verlaine, que después de sus "poemas saturnianos" y sus "fiestas galantes" escribió la "buena canción", Rubén Darío estaba en sus últimos años inquietado por el más allá. El misterio le hirió en la frente con sus aletazos de ave agorera.

Dentro de la carne que caldearon todos los fuegos del pecado mortal, el alma se retorció por los terribles sentimientos del tránsito incambiable.

Y nadie como él expresó este deseo de anulación terrena, de holocausto de la propia vida, humildemente, anónimamente:

¡Ahl fuera yo de esos que Dios quería
y que Dios quiere cuando así le place;
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y ¡*Requiescat in pace!*

Poder matar el orgullo perverso
y el palpitante de la carne maligna,
todo por Dios, delante el Universo,
con corazón que sufre y se resigna.

Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo;
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo.

Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia
que al ángel hace estremecer las alas;
por la emoción y por la penitencia
poner en fuga á las diablas malas.

Darme otros ojos, no estos ojos vivos
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio-chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.

Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.

Darme unas manos de disciplinante,
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante
que acarician las pomas del pecado.

Darme una sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.

¡Y quedar libre de maldad y de engaño,

y sentir una mano que me empuja
á la cueva que acoge al ermitaño,
ó al silencio y la paz de la Cartuja!

Cuando el poeta escribía estas estro-
fas de su poema *La Cartuja*, vestía el
blanco hábito de los desligados de la
vida y veía amanecer acaso en la misma
celda donde Jorge Sand aceleraba la
muerte de Chopín.

Fué durante tres meses que el divino
poeta pasó en la Cartuja de Valldemosa
y escribía la epístola á Madame Lugones
y el romance á Remigio de Gourmont,
y la novela autobiográfica que no, llegó
á terminar, titulada *Oro de Mallorca*.

Pero fué, sobre todo, cuando lloró
todo un día, porque imaginó haber per-
dido aquel Cristo de marfil que le rega-
lara León XIII, y que él—olvidado de
ajenjos, wiskys y labios de vampirasas—
besaba con la mística unción de un bea-
to Francisco de Asís; cuando, enfermo y
vidente de los cambios ultraterrenos,
pidió confesión y lavó ante un sacerdote

su alma perfumada de paganía; cuando, en un viaje de Valdemosa á Palma, hizo detener el carruaje y descendió al camino para, de hinojos, rezar un Padrenuestro...

JOSÉ FRANCÉS.

SEGUNDA PARTE

CRÍTICA

**Influencia de Rubén Darío en la poesía española.
La importancia de su obra.—Hispano-americanismo.—El fondo y la forma.**